

Mabel Kolesas

UNA INTRODUCCIÓN AL ROL DE LA
BIBLIOTECA EN LA EDUCACIÓN
DEL SIGLO XXI

DEL JARDÍN A LA TERCIARIA

Prólogo

Cuando recorremos algunas escuelas de nuestro querido país nos encontramos con realidades complejas. En muchas instituciones las bibliotecas están arrinconadas. Son lugares oscuros, depósitos de pocos libros que además son viejos. ¿Qué podría leer allí un niño que recién comienza su escolaridad? Carecen de personal especializado que las atienda. Pareciera dar lo mismo una bibliotecaria profesional que una maestra que no puede estar al frente de alumnos. No tienen mobiliario suficiente, ni comodidad, o luz adecuada y son espacios a los que se evita ir a menos que no quede alternativa. Si uno visita escuelas observa que a veces las bibliotecas sirven de depósitos de comida, cartones y otros objetos, a veces están cerradas con llave y sólo la directora puede abrirlas. A veces también están llenas de polvo. Otras, las menos, hay personas catalogando. Aun en las bibliotecas más completas, no es frecuente encontrar niños al abrir la puerta. Son espacios que, en no pocas ocasiones, nos despiertan un temor reverencial.

La pregunta que no pocos directivos y autoridades se hacen es cuál es la función de la biblioteca en la escuela. Y... aunque nadie se atreve a decirlo (simplemente porque queda mal), piensan si sería buena idea reemplazarla por una sala de computación o de música. De este modo la biblioteca, que no es otra cosa que el corazón de la escuela, que debería ser un corazón que fomente formas complejas de pensamiento, que irradie cultura a un ritmo sostenido y sin pausa, que debería ser un corazón que permita una vida infantil y juvenil inteligente, rica y esperanzada, parece un corazón viejo, cansado de latir, resignado a la derrota y desesperanzado.

Lo que a veces no queda claro es que *si matamos este corazón matamos a la escuela*. No es posible una escuela sin biblioteca. Tan

simple y sencillo como eso. La biblioteca podrá tener muchas formas, pero debería ocupar un lugar central en cualquier escuela y sistema educativo comprometido con ofrecer una educación de calidad. ¿Por qué?, dirán algunos. Porque la escuela es el único lugar en el que se enseña la cultura letrada. La escuela enseña a leer y escribir, enseña a comprender textos, enseña disciplinas y para todo ello se necesita de bibliotecas. ¿Se puede ir a la escuela y aprender sin libros? NO. ¿Podemos aprender sólo con apuntes y fotocopias? NO. Podemos hacer un “como sí”, pero apenas eso.

Es por ello que el libro que hoy tengo el honor de prologar es tan relevante. Es una herramienta útil y necesaria para quienes vamos a formar parte de la legión de cruzados por la mejora de las bibliotecas escolares. Mabel Kolesas hace un aporte central a esta preocupación por revitalizar el corazón de la escuela. No sólo se ocupa de un tema tradicionalmente olvidado sino que nos presenta las herramientas para modernizar las bibliotecas y la función del bibliotecario.

Deja en claro que si bien una de las funciones del bibliotecario es la catalogación, no es ésta la única ni la principal. Señala claramente y sin medias tintas que este profesional tiene que hacerse responsable, también, de la promoción de la lectura, fomentando, a partir de diversas herramientas y en colaboración con los docentes, el placer por el buen libro.

Sin embargo, sus aportes no terminan allí. La biblioteca de hoy es muy diferente de la de antaño. Y Mabel, en las páginas de este precioso libro nos muestra que es posible una biblioteca luminosa, convocante, llena de niños que toman autónomamente los libros, que consultan en la computadora, mientras un bibliotecario moderno, sonriente y consciente de la relevancia de su trabajo los acompaña y asesora en su tarea.

El libro ofrece herramientas concretas de trabajo para el profesional bibliotecario pero también para el maestro o profesor que está cumpliendo de facto esas funciones. Es un libro de lectura obligatoria para todos aquellos que nos interesamos por mejorar la escuela y creemos que la biblioteca es un corazón que debe latir sin prisa pero sin pausa, irrigando las virtudes de la cultura letrada a las nuevas generaciones.

El libro está escrito en un lenguaje sencillo y es de lectura muy amena. Sin embargo una de sus ventajas más sobresalientes es que está escrito por una gran bibliotecaria con enorme experiencia en el campo. Es un libro escrito con la pasión de quien disfruta su trabajo, está escrito con belleza, y está prologado por quien durante muchos años tuvo el privilegio de ver y sentir a esta bibliotecaria en acción.

Por último, y ya no sé si esto forma parte del prólogo o si es simplemente un agradecimiento a Mabel (y por su intermedio a todos los buenos bibliotecarios del país), quiero contarles que en mis años

mozos, cuando era una simple estudiante, recuerdo haber ido varias veces, durante varios meses, a la biblioteca que atendía Mabel. Recuerdo haber sido recibida como una princesa, como si para Mabel cada pedido mío fuese una invitación a pasear juntas por extraños paraísos, como si cada pregunta mía en lugar de ser una molestia fuera un desafío apasionante. Simplemente les digo que son profesionales como Mabel los que colaboran en el despertar de las vocaciones. Este libro es tan convocante como aquellas tardes de biblioteca. Ojalá lo disfruten.

Silvina Gvirtz



Introducción

El objetivo de estas páginas es presentar algunas propuestas que permitan esclarecer el trabajo de la biblioteca de escuela en los comienzos del siglo XXI, dado que, paradójicamente, se trata de una de las instituciones del sistema educativo más indefinidas en su “hacer”.

Entre las décadas de 1960 y 1970, la tecnología originó un diseño diferente en el mundo bibliotecario: la irrupción de los materiales audiovisuales como fuentes de información provocó la incorporación de nuevos contenidos en las bibliotecas tradicionalmente librarias. A mediados de la década del ochenta, la proliferación de computadoras, redes y sitios de Internet produjo cambios que penetraron en la estructura misma de la biblioteca. Aun cuando la “razón de ser” permanece intacta, la tecnología y sus prácticas de uso le confieren un entorno completamente distinto al de las bibliotecas del pasado.

Cómo debería ser ese entorno es la propuesta que desarrolla este libro, resultado de investigaciones teóricas, de experiencias de gestión y del conocimiento de la manera en que funcionan numerosas bibliotecas de educación en el país y en el exterior. Con respecto a la misión de las bibliotecas de escuela, describe un modelo cercano al ideal; ese modelo debe ser planificado con la colaboración de todos los agentes implicados en la visión transformadora del proceso de aprender a aprender.

El primer capítulo presenta el estado de situación de la biblioteca en la escuela de hoy. El segundo, el tercero y el cuarto describen el trabajo de promoción de la lectura y el estudio; la colaboración profesional y pedagógica del bibliotecario con el docente en el proceso de desarrollo del currículum; el trabajo con las tecnologías de la información y la

comunicación (TIC) y la contribución a una nueva cultura de enseñar y aprender; la búsqueda de acuerdos con el equipo de conducción y la utilización de recursos impresos y electrónicos de calidad para la tarea cotidiana.

La biblioteca acompaña a la educación en su meta por alcanzar los logros de los estudiantes. En los capítulos siguientes se presenta el Programa de Biblioteca con sus objetivos específicos, aplicados a cada uno de los niveles de enseñanza. También se plantea cómo la biblioteca pública puede colaborar con la educación. La ambientación del espacio y la profesionalización del bibliotecario cierran la propuesta.

La escuela argentina, pública y privada, requiere buenas bibliotecas. Toda la comunidad educativa, en especial los chicos y los jóvenes, merece acceder a la información de calidad que necesita, por estudio o recreación, a través de bibliotecas eficientes.

))((

1. La biblioteca en la escuela y el imaginario social

(fragmento)

La Biblioteca es una de las instituciones humanas más antiguas, casi tan antigua como la historia misma. Si bien la escritura pudo haber sido inventada para llevar registro de las propiedades inmuebles y de las deudas, los poetas, sacerdotes y profetas pronto le encontraron otra utilidad; pronto se dieron cuenta de que la escritura ofrecía una forma de trascender el tiempo y el espacio, de llegar a una audiencia distanciada tanto en espacio como en tiempo. Mediante la palabra escrita era posible preservar la sabiduría del pasado, los descubrimientos del presente y las esperanzas y temores del futuro y recurrir a esos registros en el momento que fuera necesario. Esto fue lo que dio origen a las Bibliotecas (Lerner, 1999: 10).

La idea de abrir bibliotecas para chicos y jóvenes tardó mucho en gestarse, relata Lerner más adelante; la educación tradicional de los niños no les dejaba tiempo libre para otras lecturas fuera de las del estudio, y, aun cuando la alfabetización se extendió lentamente en los países europeos del Norte, sólo una minoría tenía acceso a otra literatura que no fuera la de libros religiosos y textos educativos. Es probable que los niños que terminaban una instrucción primaria leyeran los mismos libros que leían sus mayores, ya que había muy poco material escrito especialmente para ellos durante el siglo XVIII. Ya avanzado el siglo XIX comenzaron a aparecer historias de aventuras y

cuentos de hadas, aunque los libros que había en el hogar eran la Biblia, un volumen de oraciones y un almanaque.

Para ese entonces, en muchas comunidades norteamericanas se fundaron bibliotecas públicas para niños y jóvenes, mientras la escuela dominica proporcionaba la única educación permanente durante el año. Cuando en los Estados del Norte se difundió la idea de la educación pública gratuita, muchos de esos Estados promulgaron leyes autorizando o exigiendo a las escuelas de su jurisdicción fundar bibliotecas para niños y adultos:

El edificio de la escuela es el lugar adecuado para alojar la biblioteca del distrito. Una biblioteca de libros bien selectos, abiertos al maestro, los niños y los adultos del distrito en general, para referencia y lectura, completa los recursos de la educación en las escuelas [...]. Sin esos libros, la instrucción en la escuela no es útil en la práctica, y el arte de la imprenta no se pone a disposición de los pobres y los ricos (Lerner, 1999: 196; citado en Long, *Public Library Service to Children*, 54).

La idea de que la biblioteca pública complementaba la tarea educativa de la escuela fue determinante para la creación de las bibliotecas públicas en las ciudades. Los fundadores de la Biblioteca Pública de Boston la imaginaban como “La máxima gloria de nuestro sistema de Escuelas Públicas [...], una institución destinada a continuar y aumentar los mejores efectos del sistema educativo, ofreciendo a todos los medios de autoeducarse mediante los libros, para lo cual las escuelas los han preparado” (Lerner, 1999: 196, citado en Whitchill, *Boston Public Library*, 33).

La biblioteca de un establecimiento educativo -tal como la vislumbraron sus fundadores históricos hacia mediados del siglo XIX- tendría que ser considerada como una necesidad básica dentro de la entraña misma de la escuela. Debería, entonces, proyectarse como una política pública y formar parte de las prioridades seleccionadas por el Estado, porque la escuela lo es, y la biblioteca es uno de sus órganos vitales.

Sin embargo, en la educación formal y especializada argentina no siempre es ésta la realidad. Entonces, el desarrollo sistemático de programas que respondan a esos objetivos depende de la decisión política y del compromiso con sus funciones que asuman las autoridades institucionales (rectores, directores, regentes, jefes de departamento) y, muy especialmente, de las actitudes que adopten profesores, maestros, bibliotecarios y estudiantes, actores directos y permanentes de la educación formal.

También sabemos que, en muchos casos, se mantienen prácticas que no favorecen el desarrollo de programas que promuevan bibliotecas gestionadas con eficiencia, como la escuela necesita. Una

de las prácticas más preocupantes es la presencia de personas no profesionales al frente de las bibliotecas.